



DOCUMENTOS

del

OCOTE ENCENDIDO

Nº 38

SEPTIEMBRE 2005



Cristianismo y Política

La Curia Romana y la Opción por los Pobres

Comités Oscar Romero

C/ José Paricio Frontiñan s/n - 50.004 - Zaragoza D.L.Z. 147-89

PRESENTACIÓN

Para comenzar el curso os ofrecemos dos artículos de José Comblin, teólogo belga afincado actualmente en Brasil, que a sus 80 años sigue reflexionando con lucidez sobre la situación del mundo actual y acercando a la realidad que descubre la claridad de un Evangelio liberador.

En el primero de los textos, "Cristianismo y Política", Comblin reflexiona sobre el poder, una realidad, que según él, no se puede negar porque está en el centro de todos los debates políticos. Aun reconociendo la legitimidad del poder, es evidente que por su propia dinámica, es una realidad sujeta a múltiples corrupciones y tentaciones: la legitimación a través de la violencia, la divinización del poder, la afirmación del poder por el poder, la manipulación y el control de la información, la servidumbre del poder político respecto a los poderes económicos... Los cristianos no pueden ser ajenos al problema del poder; por eso, Comblin presenta a un Jesús cuyo "anti-poder" no ambiciona ponerse en el lugar de los señores de este mundo, sino darle al poder su verdadera dimensión humana. Esa es la labor de los cristianos en el ámbito político.

En el segundo texto, "La Curia Romana y la Opción por los Pobres", Comblin analiza la posición actual de la Curia respecto a la opción por los pobres. Según él, la Curia ha abandonado oficialmente la opción por los pobres en el Sínodo Romano de América aunque, realmente, nunca había aceptado esta opción (a pesar de Medellín y Puebla). Reflexiona sobre la forma de encarar y cambiar el sistema actual desde los pobres y pone como ejemplo el caso de Venezuela. Se muestra muy pesimista sobre un posible cambio de la Iglesia en la opción por los Pobres.

CRISTIANISMO Y POLÍTICA

José COMBLIN

1. Reflexiones sobre el poder.

En toda sociedad humana, el poder es una realidad central. Cuando se habla de política todos se animan. Hasta cierto punto, el poder está en el centro de los debates. Hoy más que nunca, el poder está en el orden del día. Los revolucionarios que quieren cambiar la sociedad apuntan al poder como medio fundamental de toda revolución. Y los que se oponen a toda y a cualquier revolución organizan un poder que pretende ser cada vez más fuerte. Los Estados que adoptan el sistema de Seguridad Nacional son una clara manifestación del crecimiento de la preocupación por el poder. La conquista o el fortalecimiento del poder es el asunto del día.

No se puede negar la realidad del poder. Él existe y está creciendo. Hay hombres que tienen capacidad de mandar a los otros y de ser obedecidos. Consiguen, de hecho, imponer su voluntad a los otros. Es el poder. Él puede estar encarnado en ciertas personas que individualmente tienen posibilidad de imponer su voluntad a los otros. No obstante, en torno a la persona o personas que detentan el poder hay, generalmente, un círculo más o menos estrecho de grupos o de personas que pueden presionar al jefe y así, orientar sus decisiones de acuerdo con sus preferencias: ellos también participan del poder. A la inversa, hay masas

inmensas cuya voluntad no influye en nada en las decisiones políticas. No tienen poder.

El poder incluye siempre las armas. No existe en este mundo un poder político que no esté apoyado en las armas, en la violencia. Los ciudadanos no obedecen sólo por temor. Tampoco obedecen por mera convicción, aunque la importancia del temor de las armas pueda variar mucho entre las sociedades. En algunas, la voz de las armas es la única que convence. En otras, existe la presión de las costumbres y tradiciones, la autoridad de ciertas personas debido a razones de familia o de prestigio personal, ciertas formas de consenso democrático. Incluso allí nunca se prescinde de la fuerza de las armas.

Según la Biblia y el Evangelio, el uso del poder - inclusive el uso de las armas - es legítimo. Pero lo que legitima el uso del poder y de las armas es la defensa de los oprimidos contra los opresores. Las armas son legítimas para restaurar la justicia, para salvar a las víctimas de los opresores. No existe otra legitimación posible.

Sin embargo, en la realidad de la historia existen muchas tentaciones ligadas al poder, y muchas corrupciones del poder. Tales corrupciones pueden crear un conflicto abierto entre el poder humano y el poder de Dios.

Los detentadores del poder pueden encontrar en él una fuente de orgullo y de auto-afirmación. Pueden querer aumentar sin cesar este poder hasta el punto de atribuirse a sí capacidades que sólo pertenecen a Dios. Así, el poder puede tornarse un anti-dios, un falso dios, un anticristo o falso Cristo, como lo denuncia el Apocalipsis de San Juan.



Los detentadores del poder pueden también usarlo para obligar a los trabajadores a sacrificarles buena parte del producto de la economía nacional. Pueden orientar toda la economía hacia el crecimiento de su poder. Pueden, igualmente, crear una cultura de mentira, que sea la glorificación del poder, e imponerla a sus subordinados.

En tiempos pasados, los detentores del poder eran personas: jefes de tribus, reyes, emperadores. Hoy, el poder está en las manos de una máquina más impersonal: el Estado. El Estado no pertenece a nadie. Sin embargo, hay grupos y personas que ejercen influencias más o menos fuertes sobre el Estado. Por ser impersonal, el Estado no es un poder menos exigente o cruel. Al contrario, puede ser más cruel y duro por ser anónimo. No es ninguna persona concreta, sino una entidad abstracta por la cual nadie se responsabiliza. Y los ciudadanos oprimidos, no saben a quién dirigir sus quejas, porque su opresor es anónimo.

Aunque reconozca la legitimidad del poder, Jesús no lo quiere para sí mismo. El Evangelio es una clara demostración de que él no quiere el poder y esta actitud suya desconcertó y escandalizó a las

autoridades y al pueblo de Israel, e incluso a los discípulos. No podían comprender cómo y por qué un enviado de Dios no quería el poder, que, a sus ojos, era la señal más evidente de la presencia de Dios y la comunicación a los hombres de un atributo divino.

En la realidad, Jesús constituyó un poder paralelo, diferente en todo del poder establecido. Su poder no se basaba en las armas, ni en la tradición o en alguno de los elementos constitutivos del poder en las sociedades humanas. Su poder se enraiza en la libertad humana: existe en la medida en que consigue "despertarla". Es el poder de un llamado dirigido a la libertad y creador de libertad. Este poder no es ilusión. Existe realmente, y los millones de seres humanos que procuraron libremente seguir los caminos de Jesús, a pesar de la persecución y de la muerte, muestran que el poder de Jesús es real. Pero es radicalmente diferente.

En la medida en que los poderes humanos se yerguen contra Dios o contra los límites de su legitimidad, el poder de Jesús será un antipoder, un poder paralelo que contesta y denuncia el poder político y de él se emancipa. En la historia de la Iglesia encontramos muchas veces ese

antipoder. En la América Latina, sobre todo en las últimas décadas, la Iglesia ha sido y es la continuación del antipoder de Jesús.

El antipoder de Jesús no ambiciona ocupar el lugar de los reyes. No quiere destruir el poder sino llevarlo a ocupar su debido lugar, reducirlo a su verdadera vocación.

El poder de Jesús y de la Iglesia es antipoder en la medida en que no usa los instrumentos del poder humano: no acepta la violencia en su ejercicio. Por eso, la Iglesia será como una isla que no practica la violencia de las armas. Jesús no condena el uso de las armas, pero ni él ni la Iglesia las usan con la finalidad de crear un poder paralelo y diferente. La Iglesia renuncia voluntariamente, como Cristo, al uso del poder de las armas, a fin de crear este antipoder profético, capaz de enfrentar el poder político, de denunciar sus corrupciones y pedir que se convierta a su papel verdadero. La Iglesia practica en sí misma y en torno de sí el modo de vivir del Siervo de Dios, Jesús. Si así no fuese, la Iglesia sería un poder semejante y rival del poder establecido, con las mismas tentaciones y sujeta a las mismas corrupciones.

El poder de la Iglesia reúne a los pobres y les da un poder que ellos no tienen: el poder de Jesús, el poder de la libertad y de la palabra que despierta la libertad. Es el poder pobre porque no cuenta con la riqueza de las armas.

2. Diálogos sobre el poder

1.- El poder político, incluyendo el poder de las armas, sólo es legítimo para salvar a los oprimidos de la opresión, para defender a las víctimas de los que practican la injusticia; en una palabra: para

hacer triunfar la justicia sobre la injusticia. Esa legitimidad confiere, al mismo tiempo, finalidad y límites al poder.

Textos para reflexionar:

Salmo, 72; Romanos. Cap. 13, vs.1-7; I Pedro, Cap. 2, vs.13-17.

Cuestiones:

¿Cuál es el papel de los reyes?

¿Por qué se debe obediencia a los reyes?

¿Qué acontece cuando los reyes y gobernantes no se limitan al papel que Dios les confió?

Esos textos, ¿dicen quiénes son los más cualificados para ejercer el poder político?

¿Será que Dios designa a las personas que deben ejercer el poder?

2.- El poder contiene una tentación de orgullo y afirmación del poder por el poder. Él puede afirmarse hasta contra la Ley de Dios. Él puede llevar a los que lo detentan a creer que son infalibles, que todo lo que hacen es bueno, que tienen autoridad total sobre los ciudadanos y que pueden someterlos a todas sus voluntades: puede llegar a querer un poder total y absoluto, semejante al poder de Dios, lo que incluye un deseo, consciente o no, de ser como Dios.

Textos:

Daniel, Cap. 3, vs. 1-23; Ezequiel, Cap. 28, vs. 1-10; Apocalipsis, Cap. 13, vs. 1-10.

Cuestiones:

¿Existen hoy manifestaciones semejantes a las figuras descritas por Daniel, Ezequiel y San Juan?

¿Cuáles son las expresiones más visibles de la soberbia de esos poderes?

¿Cuál es la actitud cristiana delante de de ellos?

3.- El poder tiene capacidad de movilizar todas las fuerzas económicas, todo el trabajo, toda la producción para el incremento de la propia potencia, o para dar a los que lo detentan un nivel de vida privilegiado.

Textos:

Deuteronomio, Cap. 17, vs. 16-20; Samuel, Cap. 8, vs. 10-18; Miqueas, Cap. 3, vs. 1-4; Apocalipsis, Cap. 18.

Cuestiones:

¿Existen en nuestros días jefes que exploten a su pueblo en forma semejante a lo que dicen los textos bíblicos?

¿Hay Estados que hacen de su propia potencia la meta suprema del poder? ¿Cuál es la actitud cristiana delante de tales poderes que explotan el trabajo de sus pueblos?

4.- La tercera tentación del poder es la de querer conquistar y dominar las ideas, la cultura, para imponer sus mentiras e impedir que la verdad sea proclamada. El poder quiere tener a los profetas a su servicio, para que digan lo que le agrada, y mata a los verdaderos profetas. El ejemplo es el rey Herodes delante de Juan Bautista y de Jesús.



Textos:

Mateo, Cap. 14, vs. 1-12; Lucas, Cap. 23, vs. 8-12; Miqueas, Cap. 3, vs. 5-8; Apocalipsis, Cap.13, vs. 11- 17.

Cuestiones:

¿Existen hoy sistemas de mentiras para que todos acepten, sin discutir, determinado poder político?

¿Existen personas que ejercen el papel de falso profeta?

¿Existen autoridades que fingen una falsa piedad para engañar mejor al pueblo, y que, en la realidad, persiguen a los que dicen la verdad?

5.- Jesús se negó a recibir el poder político, lo que incluye el poder de las armas. No quiso invocar la ayuda de las armas ni permitió que sus seguidores las usasen en su misión evangelizadora y salvífica. Por eso, resistió a las presiones de los que querían hacerlo rey. Él reivindica un poder total sobre los hombres, pero no según el modelo del poder político.

Textos:

Mateo, Cap. 5, vs. 39-42; Cap. 12, vs. 18-21; 26, vs. 51-54; Juan, Cap. 6, vs. 15; Cap. 18, vs. 36-37.

Cuestiones:

¿Por qué Jesús no quiso usar las armas?

¿En qué consiste el poder de Jesús?

¿Cuáles son las tentaciones de poder y violencia para la Iglesia actual?

6.- Delante de los abusos del poder, los cristianos se sublevan para resistir. Actuando así, organizan de hecho un antipoder que no

tiende a destruir el poder político sino a recolocarlo en su debido lugar.

Textos:

Daniel, Cap. 3, vs. 23; Hechos, Cap. 4, vs. 19; Cap. 5, vs 29; Cap. 7 ,vs. 51-60; Apocalipsis, Cap. 20, vs. 4.

Cuestiones:

¿Existen, actualmente, circunstancias en que los cristianos deben desobedecer al poder político?

¿Por qué los cristianos se oponen a ciertos poderes en América Latina?

¿Existen persecuciones porque los cristianos se oponen a poderes abusivos?

7.- Entre los cristianos no debe haber poder basado en las armas: debe reinar la libertad y la sumisión voluntaria a una autoridad que consiste no en dominar, sino en servir. De esta forma la comunidad eclesial es un testimonio contra los abusos del poder político.

Textos:

Mateo, Cap. 18, vs 1-4; Cap. 20, vs. 24-28; Lucas, Cap. 22, vs. 24-27; Juan, Cap. 13, vs. 1-16.

Cuestiones:

¿Existe autoridad en la Iglesia?

¿Cómo debe actuar la autoridad en la Iglesia? ¿Qué enseña la Iglesia por medio de su vida de comunidad?

8.- Jesús tiene una verdadera autoridad: ella se ejerce por la palabra que condena y llama, acepta y rechaza. También expulsa los demonios, y cura a los enfermos: Jesús cura el mal, en eso reside su autoridad. No es una autoridad que apunta a dominar a los hombres.

Textos:

Mateo, Cap. 7, vs. 28-29; Cap. 8, vs. 27; Cap. 9, vs. 8; Cap. 11, vs. 3-6; Cap. 12, vs. 15-21.

Cuestiones:

¿De qué modo ejerce Jesús la autoridad?

¿Cómo se manifiesta la autoridad de Jesús?

¿Cuáles son las expresiones de la autoridad de Jesús en el mundo de hoy?

3. El poder y su legitimidad

1.- La Biblia no sueña con una sociedad de iguales sin autoridad, sin jefe, sin capacidad de mandar. Ella reconoce la necesidad de una autoridad social: atribuye al propio Dios la existencia de la autoridad.

El fundamento de la autoridad, su legitimidad, es la necesidad de luchar contra el mal y la opresión. Si no hubiese autoridad y poder eficaz, los opresores dominarían a sus víctimas sin escrúpulo, los injustos oprimirían a los pobres sin temer castigo alguno. Dios quiere la autoridad y el poder para reprimir a los opresores, la injusticia, la dominación de los fuertes sobre los débiles. Es lo que muestran todos los textos que hablan de la institución de una autoridad en Israel o en la Iglesia, o del reconocimiento de las autoridades existentes. Lo mismo dicen también ciertos textos famosos de las Epístolas (a los Romanos, Cap. 13, vs. 1-7; y I de Pedro, Cap. 2, vs. 13-17).

El poder político es la defensa de los pobres contra los ricos, de los débiles contra los fuertes, de los oprimidos contra los opresores, de los que están con la verdad contra los mentirosos. Cuando no cumple este papel, la autoridad pierde su legítimi-

dad. Los detentores del poder, que abusan de su posición para actuar de un modo contrario, para oprimir, para apoyar la injusticia, para defender a los ricos y poderosos, pierden su legitimidad. Ellos destruyen los fundamentos de la autoridad. Otros tienen el derecho de ocupar su lugar e intentar actuar mejor, si pudieren.

2.- El poder de las armas forma parte del poder político. Éste se humaniza cuando busca el consenso de todo el pueblo, cuando se basa en una participación efectiva; a pesar de éso, él debe contar con la presión de las armas. Pues, ni en las mejores democracias, el consenso es unánime. Hay siempre una mayoría que tiende a imponer sus puntos de vista a una minoría, cuando no se trata de una minoría que pretende dominar a la mayoría. El mejor uso de las armas consiste en no tener que usarlas nunca. Con todo, siempre hay casos de extrema necesidad en los cuales es inevitable el uso de las armas, tanto contra los opresores internos cuanto contra los opresores externos. Por eso la represión policial así como la guerra pueden ser legítimas. No se llama violencia el uso legítimo de la fuerza física y de las armas para imponer a los malhechores el respeto a la justicia. Violencia es el uso ilegítimo de la fuerza física y de las armas.

Un poder que usa con exageración las armas es muy sospechoso; se supone que no quiere liberar realmente a los ciudadanos sino más bien dominarlos y explotarlos. El uso abundante de las armas genera la sospecha de que el poder quiere crecer más de lo que es necesario, de

que quiere el poder por el poder, la fuerza por la fuerza. Si la mayoría de los ciudadanos honestos y trabajadores no dan su consentimiento espontáneo a un poder, se debe sospechar que el poder no apunta a la salvación real de las masas pobres, sino más bien a la mantención de los privilegios de los ricos, o a su propia promoción: en ese caso, los ciudadanos son víctimas del poder.

3.- Existe una gran variedad de formas del poder político en la Historia. Hubo épocas en que los jefes eran los ancianos de determinadas familias designadas por la costumbre: la tradición indicaba los ocupantes del poder. El poder se limitaba, en general, a mantener las mismas costumbres.

En otras épocas, algunos jefes militares exitosos y osados conquistaron el poder de las armas: casi todos los poderes actuales nacieron de una conquista militar en el pasado. Estos jefes militares que conquistaron algún poder sobre una región o un conjunto de tribus se llamaban reyes o emperadores. En aquella época el poder era todavía bastante personalizado, aunque los reyes tuviesen a su lado generales y otros oficiales que participaban del poder juntamente con ellos.



Actualmente, el poder tiende a ser más anónimo y colectivo. Es el poder del Estado. Ese Estado es una realidad abstracta, una máquina poderosa y compleja, en que trabajan millares de personas. Aunque existan dictadores, éstos se hallan ligados al Estado y no pueden decidir arbitrariamente sin crear peligro para la sobrevivencia de su autoridad. En la mayoría de los casos, ellos se someten a lo que el Estado quiere. Más, el Estado también se compone de personas, grupos y clases sociales. Además de eso, el Estado no elimina totalmente la importancia de los jefes y personalidades carismáticas, que consiguen imprimir algo de su personalidad a la máquina del Estado.

4.- Existen utopías que anuncian el desaparecimiento del Estado, del poder, de la autoridad, y el advenimiento, en el futuro, de una sociedad sin poder, en la cual se obtendría espontáneamente el acuerdo entre las personas, porque todas se darían cuenta de lo que es el interés de todos. Bastaría seguir las leyes de la naturaleza y de la economía. En vez de obedecer a las personas, los ciudadanos obedecerían a las necesidades definidas por las leyes sociales. Sería el reino de la ciencia. Si todos los hombres siguiesen lo que la ciencia dice, ninguno iría a querer dominar al prójimo, porque sabría que su propio bien es solidario con el bien del prójimo.

Esa utopía ha sido alimentada y formulada tanto por el liberalismo democrático, cuanto por el positivismo y por el socialismo marxista. Todas esas ideologías vienen de un tronco común que es la modernidad.

En el liberalismo democrático se exige que el poder sea, simplemente la voluntad del pueblo. No existe un poder real,

sino sólo un órgano de transmisión de la voluntad del pueblo. El Estado debe realizar la voluntad del pueblo. En vez de un poder sobre el pueblo habría solamente el pueblo que se dirigiría a sí mismo a través de simples mandatarios. Evidentemente, este sistema es irrealizable y nunca existió. Tal utopía sólo puede servir para ocultar el verdadero poder y desviar la atención de él. De hecho, en los regímenes liberales bajo la democracia teórica, existe la dominación de las clases ricas, que saben manipular y usar las instituciones llamadas democráticas para su provecho.

El positivismo defendía al gobierno de los sabios y científicos; sería el gobierno de los economistas, ingenieros sociales y técnicos. Ésta es la ideología que encuentra el mayor número de aplicaciones en el mundo actual. Más, bajo el reinado de los técnicos y científicos, lo que se instala es la dominación de un Estado-Potencia, de una clase militar que se atribuye a sí misma el papel de defensora de la Seguridad Nacional, y de grandes entidades económicas, dueñas de las ciencias y técnicas. Bajo el supuesto gobierno de los técnicos lo que existe es el reinado de un Estado-Potencia, asociado a potencias multinacionales: no desapareció el poder, sino que creció de una manera tan acentuada que nadie jamás habría podido imponer en el siglo pasado.

Según el socialismo marxista, el Estado es el órgano de una clase dominante y tiene que desaparecer con ella. En una sociedad sólo de trabajadores, el orden será espontáneo: todos se someterán a las leyes racionales de la producción y no habrá obstáculo a la fraternidad de los trabajadores. En la realidad, basándose en esa ideología de desaparecimiento

del Estado, se crearon los Estados más totalitarios posibles que dominan y controlan la totalidad de la vida.

Las ideologías que más anunciaron la desaparición del Estado fueron las que más ayudaron a crear un Estado con poder total.



5.- Dios no designa las personas que deben ocupar el poder. En otros tiempos se dijo que Dios había escogido determinadas familias o personas. En la realidad, sin embargo, ejercen legítimamente el poder las personas que de hecho realizan las finalidades del poder. Las demás lo ocupan ilegítimamente, cualquiera que sea el modo de su elección. Por eso, pueden existir diversos sistemas legítimos. El más legítimo será aquel que ofrezca mayor posibilidad de ocupar el poder a personas que irán a respetar su finalidad.

4. Tentaciones y corrupciones del poder.

Las luchas entre el pueblo de Dios y los poderes corrompidos ocupan gran parte de la Biblia y de la historia de la Iglesia. Un poder desviado de su fin encabeza la incredulidad, la oposición a Cristo y a su evangelio, quiere corromper la religión en provecho propio, persigue y mata a los profetas y a los discípulos de Jesús. El poder raramente queda indiferente al desarrollo del evangelio de Cristo. El gesto de Pilatos de lavarse las manos representa una hipocresía. En la realidad el poder pocas veces es neutro. Él tiende a reforzar la resistencia del evangelio. Así como Pilatos se tornó instrumento de la oposición de las autoridades de Israel, así también, frecuentemente, el poder político se

torna instrumento de la oposición al evangelio, incluso inconscientemente, porque procura fines independientes, busca su fuerza y su grandeza.

1.- La soberbia del poder. El poder aumenta la soberbia de los que lo detentan. Para ellos, es fácil llegar a pensar que ya no son hombres comunes. Procuran afirmarse a través del aumento del poder por el poder. El poder tiende a crecer y sus detentadores procuran una satisfacción personal en el ejercicio de un poder cada vez más absoluto. De no haber fuerzas que se opongan y limiten el poder, éste tenderá a aumentar cada vez más. Fácilmente las clases que detentan el poder adoptan para sí una moral especial, se colocan encima de la ley común, exigen privilegios y se comportan como dominadores y explotadores. Experimentan una satisfacción especial en el ejercicio de la dominación. La Biblia denuncia el ejemplo de los imperios antiguos, pero existen ejemplos más actuales que ilustran los de la Biblia. El poder lleva a emanciparse de Dios y de la ley de Dios, y a actuar como si el detentor del poder fuese dios, como si fuese el salvador de los hombres, como si tuviese un poder total y absoluto. De esta forma, reyes, emperadores, Estados y dictadores aparecen como rivales de Dios y como falsos dioses.

Los profetas denunciaron los casos de los faraones de Egipto y de los reyes de Asiria y de Babilonia. Daniel denuncia a los reyes que heredan el poder de Alejandro a través de ejemplos alegóricos de los reyes de Babilonia. El Apocalipsis denuncia a los emperadores romanos. Todos ellos afirmaban tener un poder que sólo pertenece a Dios: eran las falsas imitaciones del poder salvífico de Dios y del Mesías. (Ver, p. ej. Exequias, Cap. 28; Daniel, Cap. 3; Apocalipsis, Cap. 13).



Los Estados contemporáneos, imbuidos de la doctrina de la Seguridad Nacional, se consideran un fin absoluto y subordinan todo a su grandeza y al poder de la nación, esto es, del Estado. Hacen del Estado una falsa imitación de Dios, confiriéndole atributos que sólo convienen a Dios.

2.- El poder se transforma de instrumento de liberación que debía ser en instrumento de dominación. Somete a los ciudadanos al desarrollo de su poder político, económico y cultural, explota el trabajo y lo orienta a la relación de una potencia. El propio poder se deja manipular por las clases ricas y poderosas, que monopolizan la capacidad de presión, Hace alianza con las clases más ricas para repartir con ellas el producto del trabajo; encuentra en ellas sus agentes fieles.

Samuel ya había denunciado esta corrupción del poder cuando los israelitas quisieron adoptar la forma de la monarquía inspirada en el modelo de los Estados vecinos. Samuel sentía que ese modelo sería una corrupción del poder.

De hecho, la historia de los reyes de Israel es la historia de la dominación y de la explotación del pueblo de Dios por los propios reyes que él quiso tener para sí.

La Historia, a partir de entonces, sólo confirma las palabras ejemplares de la Biblia. La experiencia presente muestra que persiste la corrupción en el Estado; el poder se torna el dominador de los que debería liberar. No sería difícil alinear ejemplos de la historia más reciente. (Referencias: Deuteronomio, Cap.17, vs. 16-20; I Samuel, Cap. vs. 1-18; Miqueas, Cap. 3, vs. 1,-14; Apocalipsis, Cap. 18).

3.- El poder tiende también a exigir de sus subordinados un verdadero culto. Quiere la aprobación de ellos. Quiere ser proclamado como justo y bueno. No sólo quiere dominar sino que quiere ser aclamado por los que domina. Por eso divulga una ideología que intenta convencer a la población de que es la mejor autoridad posible, de que no hay nada mejor que él y de que todo lo hace para el bien de todos. Elabora una mentira sistemática,

para evitar que la verdad sea conocida. Elabora una cultura oficial que glorifica al propio poder y a sus representantes.

En otros tiempos, esta cultura oficial era religiosa: era una religión política que mostraba, en el poder, la encarnación de Dios. El culto al poder formaba parte del culto a Dios. Entre Dios y el poder había una estrecha unión. En los tiempos modernos que son de secularización, el poder recurre a otros argumentos: se presenta como encar de la historia, de la liberación de la humanidad, de la necesidad científica. Sin embargo, todavía hoy, en América Latina, el poder intenta obtener apoyos religiosos que, principalmente en las clases populares, le dan prestigio y facilitan la obediencia incondicional.

(Referencias: En el Antiguo Testamento, era papel de los falsos profetas proclamar y alimentar la unión entre el rey y Dios. El Apocalipsis muestra, en la segunda bestia, la presencia de un falso profeta, al lado del poder rival contrario a Cristo; Apoc. Cap. 13, Vs. 10-17.)

5. Los cristianos y el poder.

1.- Letigimidad del poder. Jesús reconoce la legitimidad del poder. No pretende suprimirlo ni incluso por causa de los abusos, de las corrupciones y tentaciones. Este reconocimiento incluye la legitimidad de las acciones armadas en la guerra y de las funciones de la policía. Lo que Jesús quiere para su Iglesia no lo quiere para la sociedad como un todo. En la Iglesia no habrá dominación. Pero podrá haber en la sociedad. En la Iglesia no puede haber represión física o armada. Pero en la sociedad puede haber. (Ref: Mateo, Cap. 22, vs. 21; Juan, Cap. 19, vs. 11; Romanos, Cap. 13, vs. 1-7; I de Pedro, Cap. 2, vs. 13-17).

Jesús no establece como condición para la legitimidad del poder la aceptación del Evangelio. El poder de los paganos es tan legítimo como el poder de los reyes o gobernantes cristianos. Los cristianos no deben obedecer solamente a los gobernantes cristianos.

2.- Jesús no vino a pedir para sí ni para sus discípulos el poder político. Podía conquistarlo, pero se negó a hacerlo. Se niega a defenderse con los medios del poder, la forma física y las armas. No quiere que sus discípulos usen armas, tampoco para defenderse del poder. (Ref: Mateo, Cap. 5, vs. 39-42; Cap. 12, vs. 18-21; Cap. 26, vs. 51-54; Juan, Cap. 6, vs. 15; Cap. 18, vs. 36-37).

Por consiguiente, cuando los profetas y los apóstoles cristianos critican el poder, no es porque quieran conquistarlo para sí. No son rivales de los gobernantes.

Sin embargo, aconteció muchas veces en la Historia que la Iglesia, a través de sus dirigentes o de su pueblo, pidió la ayuda o la intervención del poder y hasta de las armas para defenderse contra enemigos externos, o contra los herejes y los cismáticos. La Iglesia dirigió guerras santas y cruzadas contra los enemigos de la fe o herejes. Practicó y usó la represión policial, la tortura, los castigos corporales. Pidió la intervención del poder político para hacer todo eso bajo su orientación. Fueron innumerables los pecados de la Iglesia en ese campo. El propio san Agustín fue el primero que pidió el auxilio del brazo secular para reprimir a los herejes que hacían estragos y perturbaban las reuniones católicas. La Iglesia siempre está sujeta a la tentación de imitar al Estado y poner en práctica sus mismos métodos, cuando tiene la capacidad de hacerlo.

3.- Ni Jesús ni los cristianos obedecen a un poder que manda hacer cosas injustas. Resisten, aunque pacíficamente. No quieren el lugar de los que mandan injustamente, pero tampoco aceptan una sumisión incondicional. La Biblia es la primera en proclamar el deber de no obedecer a un poder desvirtuado que no sigue las normas de la legitimidad. A un poder ilegítimo no se puede obedecer.

Los profetas fueron los primeros que se levantaron para resistir. Elías fue el modelo de la resistencia a un poder que se yergue contra Dios y su ley. Fue duramente perseguido a causa de ello. Los profetas posteriores también tuvieron que erguirse contra un poder ilegítimo. Predicaron la desobediencia y protestaron contra los falsos profetas, que proclamaban la sumisión incondicional al poder de los reyes. Jeremías fue el modelo de tales profetas. De ahí el proverbio de que el profeta muere perseguido.

Jesús no se somete al poder injusto del Sanedrín de los judíos. Tampoco los apóstoles se someten a la orden de dejar de anunciar el nombre de Jesús. Cuando el poder se desorbita de su papel y cede a las tentaciones, los cristianos se oponen a su falsa pretensión aún a costa de la prisión o de la muerte. Es el origen de la oposición consciente y deliberada a un poder ilegítimo. (Ref: I Reyes, Cap. 18, vs. 16-46; Cap. 21, vs. 1-26; Jeremías. Cap. 26, vs. 1-28; Daniel, Cap. 3, Hechos, Cap. 4, vs. 19; Cap. 5, vs. 29; Cap. 7, vs. 51-60; Apocalipsis, Cap. 20, vs 4).

Al actuar de esta forma, los cristianos hacen una oposición que limita el poder. Su finalidad es la de que el poder se restrinja a su papel legítimo y no exija una sumisión total o incondicional. Esta oposición funciona de hecho como un medio

de presión, como un anti-poder, una fuerza que obliga al poder a mantener ciertos límites.

Entre el poder político y el anti-poder de los cristianos, en verdad, hubo en la Historia una larga secuencia de episodios. Gran parte de la llamada historia de la Iglesia está constituida por conflictos entre el poder y el anti-poder que es la Iglesia. El poder quiere aumentar indefinidamente su acción, hasta el punto de absorber a la propia Iglesia. El pueblo de Dios resiste contra el crecimiento ilimitado del poder de los reyes o del Estado.

En América Latina, actualmente, nos encontramos de nuevo en el auge de esta lucha entre el poder político, que quiere ser cada vez más total, y el anti-poder de la Iglesia, que desea un poder político restringido a su verdadero papel. Cuando el Estado quiere ser absoluto como un Dios, cuando quiere dominar a los pueblos y exigir de ellos todos los sacrificios, cuando organiza su propaganda y divulga la mentira en forma sistemática impidiendo que los pueblos conozcan la verdad, el pueblo de Dios se levanta como los tres jóvenes delante de la estatua de Nabucodonosor. Lo que está aconteciendo en América Latina es la continuación de esta lucha de siempre.

4.- La evangelización de la Iglesia se dirige tanto a los gobernantes como a los ciudadanos. A los gobernantes, la Iglesia les recuerda los límites de todo poder político y se opone a que se salgan de esos límites. Oponerse al aumento total del poder es evangelizarlos. A los pueblos y a los pobres sin poder, la Iglesia les confiere su anti-poder, su propio poder de resistencia a un poder injusto, dominador, mentiroso o blasfemador. Ella les enseña también el deber de resistir, de exigir sus pro-

pios derechos de hombres y de ciudadanos. Así, la Iglesia suscita la formación de un pueblo organizado y capaz de oponerse a los abusos del poder. Ella ayuda a formar un poder popular pacífico, que no quiere conquistar el poder del gobierno, sino contenerlo en sus justos límites y obligarlo a cumplir su papel de defensor de los pobres y de los que sufren la injusticia. La evangelización contiene esa tarea de concientización y de organización de los pobres, de modo que ellos sean capaces de oponerse a un poder que hace lo contrario de su deber y de su misión. En América Latina, el poder pocas veces se muestra defensor de los oprimidos, frecuentemente se coloca al lado de los poderosos para defender sus privilegios. Por eso la misión más urgente de la Iglesia es despertar la conciencia de los pobres, para que se unan y se opongan con eficacia a un poder injusto, y sean capaces de exigir de él los cambios radicales de la sociedad.

Esta misión de formar una antipoder popular engloba la formación de sindicatos y asociaciones de trabajadores eficientes y realmente representativos, no sólo en el lugar de trabajo, sino también, más fundamentalmente, delante del Gobierno y del Estado. Incluye la formación de aso-



ciaciones vecinales y de consumidores, asociaciones políticas populares que no se dejen manipular por las causas dominantes y sean capaces de exigir cambios políticos. Todo eso es evangelización, porque es anuncio de la verdadera realidad del poder en la historia de la salvación.

En América Latina, esta misión es más urgente que en otros lugares, dada la tradicional fragilidad histórica de los pueblos y de todas las organizaciones populares. Más que en otras regiones, los pobres son objetos pasivos en manos de sus dominadores.

5.- La realidad objetiva de la democracia en sus valores auténticos, consiste en la existencia de una fuerza popular capaz de limitar el poder y de presionarlo para que cumpla su verdadero papel de defensor de los pobres contra la opresión. No es que el pueblo venga a enseñorearse del poder. El pueblo nunca gobierna, excepto por ficción. La afirmación de que los gobernantes son representantes del pueblo siempre es una figura de retórica política, pero no tiene fundamento en la experiencia histórica real. Tampoco es verdadera expresión del poder. Y ningún sistema es democrático cuando el poder no está contrabalanceado por un contrapoder popular eficaz y libre.

6.- La oposición legítima al poder puede llegar a la insurrección y a la instalación de otros gobernantes. La dominación del poder y sus abusos pueden ser tales que exijan la insurrección incluso armada de los ciudadanos. Si el poder puede usar las armas contra la injusticia, también el pueblo puede usarlas contra un poder injusto. No lo puede en cualquier

momento, para que la vida social no se transforme en una guerra permanente. Existen casos, sin embargo, en que toda y cualquier mejoría es imposible, y existen reales posibilidades histórica de derribar el poder injusto colocando otros gobernantes en su lugar.

7.- El poder tiende muchas veces a anexar a sí la fuerza histórica de la Iglesia. Para impedir que ella defienda a los pobres contra un poder injusto, para impedir el antipoder de la Iglesia, los gobernantes intentan controlar a sus jefes, los obispos y los sacerdotes.

En América Latina, la conquista se hizo en gran parte con la legitimación de la Iglesia. Aunque algunos misioneros hayan resistido a los títulos de la conquista, en general los conquistadores se sintieron apoyados por ellos y los pueblos vencidos soportaron la fuerza de los argumentos religiosos. Les fue dicho que Dios, creador del universo, quería que se sometiesen a los reyes de España y de Portugal y aceptasen todas las leyes y oficios de los reyes. El poder fue legitimado por la Iglesia, aunque se mostrase tremendamente injusto para con los indígenas y los esclavos traídos de África. La propia esclavitud fue



legitimada. Hasta bien poco tiempo atrás los pueblos estaban acostumbrados a ver a sus sacerdotes siempre al lado de los poderosos, legitimando la situación establecida. Sentían que la Iglesia se hallaba del lado de los que los oprimían.

Hubo excepciones, como por ejemplo los jesuitas que defendieron la independencia de las reducciones del gran Paraguay, hasta que fueron expulsados y vencidos los indios. Pero, de modo general, predominó la alianza de la Iglesia con el poder. Ello exige una toma de conciencia mucho más evangélica hoy en día.

Capítulo del Libro " Reconciliación y Liberación". Editorial Cesoc, 1987.

LA CURIA ROMANA Y LA OPCIÓN POR LOS POBRES.

José COMBLIN

La opción por los pobres fue oficialmente abandonada por la Iglesia Católica en el Sínodo Romano de América, uno de los sínodos del nuevo milenio. En el documento final la opción por los pobres no aparece. No fue olvido, porque estaba en las propuestas del episcopado, pero fue suprimida voluntariamente por la Curia romana. No fue ninguna sorpresa. La Curia romana nunca había aceptado la opción por los pobres, pero hasta entonces no se había atrevido a entrar en conflicto abierto con los episcopados americanos. No hubo ninguna reacción. Es decir que el episcopado curvó la cabeza. Ya ha adoptado la actitud de sumisión total. El episcopado latinoamericano ya no tiene ninguna convicción. Repite la lección dictada por la Curia. Además hay muchas señales que muestran que el mismo Papa nunca aceptó realmente la opción por los pobres. La toleraba para evitar conflictos con los episcopados. Pero, esa opción no cabía dentro de sus proyectos geopolíticos. Y los episcopados ya han sido cambiados en lo suficiente para que se pueda imponerles cualquier cosa.

Esa negación de la opción por los pobres no es algo novedoso o sorprendente. Lo novedoso había sido esa opción por los pobres de Medellín y de Puebla. ¿Cómo una Iglesia que durante casi 18 siglos había hecho una opción

por los ricos podría ahora hacer una opción por los pobres?

Desde Medellín y Puebla las circunstancias históricas han cambiado. En aquel tiempo había un aire de revolución social en América latina. Los pobres eran la moda tanto para los intelectuales como para los partidos políticos de izquierda. La opción por los pobres era una opción por un cambio revolucionario de la sociedad. Era como una alternativa cristiana a la izquierda revolucionaria. Para los mismos conservadores, la opción por los pobres era más aceptable que el socialismo. Por eso hubo una cierta tolerancia del tema de los pobres que era defendido por personajes ilustres de la jerarquía católica. Ellos eran criticados, juzgados, condenados, pero en el contexto histórico eran tolerados. Eran de alguna manera una legitimación de la Iglesia Católica en la nueva coyuntura mundial, que, de todos modos, en su estructura no había cambiado en nada y continuaba aliada a los ricos. La opción por los pobres estuvo siempre asociada a la persecución. Los que defienden la justicia, siempre serán perseguidos.

Las circunstancias cambiaron. Los movimientos revolucionarios han desaparecido como fuerza importante en las Américas. Los partidos llamados de izquierda entraron en el juego neoliberal. La

palabra socialismo ha desaparecido de la vida pública. Los pobres han dejado de ser interesantes. Muchos contaban con un poder popular para cambiar los gobiernos latinoamericanos. Pero el poder popular ya no existe. Hay la impotencia popular. El mismo gobierno Lula ignora un improbable poder popular y solo conoce el poder de los bancos y de las multinacionales. El que invoca la cuestión de los pobres, es tratado como arcaico, ignorante, reaccionario, enemigo del progreso .

La ideología norteamericana trata a los pobres como a culpables. Los pobres son los perezosos que quieren vivir de los subsidios del Estado para tener una vida buena. Para los pobres, el mensaje es el siguiente: tienen que imitar a los ricos que se hicieron ricos porque trabajaron. Esta es la tesis oficial. Con ese principio el gobierno Bush disminuyó los impuestos que amenazaban la riqueza de los ricos. Hay que defender a los ricos e impedir que los pobres perjudiquen el desarrollo de la nación por sus pedidos inmorales.

Esta es la teología del gobierno americano, apoyado por la famosa derecha religiosa. Es la teología del Deuteronomio. En esa teología los que observan rigurosa-



mente la ley de Dios, tendrán abundancia y felicidad. Los que no observan los preceptos tendrán pobreza y tristeza. Por lo tanto si algunos son felices, esto se debe a su virtud. Si algunos son pobres, esto se debe a su pereza y su desobediencia a la ley de Dios.

Este principio es antiguo en los Estados Unidos y siempre sirvió para explicar por qué América del Sur es pobre y miserable y por qué los Estados Unidos siempre han sido poderosos.

El principio ha sido enunciado en forma de teología de la prosperidad. La religión sirve para dar prosperidad. Ya era lo que prometían los pastores dichos de la era electrónica que ha hecho discípulos. En América latina el neo-pentecostalismo ha asumido la teología de la prosperidad y la ha divulgado en medio de los pobres. Ya es el movimiento religioso popular dominante y está entrando en el mundo de la clase media.

La idea es que la religión buena es la que ofrece prosperidad. Por eso ellos descartan toda opción por los pobres como opción por la miseria. Los pobres quieren la prosperidad y esto es lo que la religión les ofrece. Los pobres no quieren que se les venga a hablar de pobreza. Quieren ser ricos y la religión les ofrece eso.

Dentro de la civilización de la publicidad, de la búsqueda frenética de la felicidad, dentro de la cultura de la satisfacción, siempre más valen los preceptos del marketing religioso. Siempre más se descubre que la religión es un negocio y se debe manejar como un negocio. El marketing es la ciencia que reemplaza la teología. La publicidad se aplica perfectamente a la religión.

Los hechos ofrecen la prueba de que la religión es un excelente negocio. Da lucros fabulosos. Por eso los católicos entran en el mismo movimiento. Descubren las maravillas de la teología de la prosperidad. Aparecen los sacerdotes showmen. Los movimientos carismáticos recurren públicamente a los recursos del marketing.

Se trata de dar a las masas lo que desean. Lo primero que desean es la salud. La religión ofrece la salud. De hecho son millones los que atribuyen una cura a la religión. Eran enfermos y la religión les restituyó la salud. Esta es la nueva orientación religiosa. La nueva cultura quiere una religión alegre, optimista, eficiente que ayude a salir de todo lo malo que hay en el mundo. La nueva religión promete eso y hasta ahora no ha desilusionado. Jesús es el hermano fuerte que soluciona todos los problemas.

En realidad esto parece ser la religión que conviene también a los nuevos trabajadores, los que trabajan en las finanzas, en los números, en el dinero. En esta religión los pobres son el punto de partida. El punto de llegada en que los pobres se hacen ricos es puramente cuantitativo, lineal. Se pasa poco a poco de la condición de pobreza a la condición de ricos. Es la concepción clásica de la burguesía. Esta dice que por el trabajo el pobre se hace rico. Si no es rico, la culpa es de él.

En realidad, la nueva cultura, como la nueva religión ignoran el concepto cristiano de pobreza. En el Nuevo Testamento, la pobreza es opuesta a la riqueza. Hay pobres porque hay ricos. No hay pobre en sí, ni rico en sí. El pobre es pobre porque hay ricos y los ricos son ricos gracias a los pobres.

Ricos y pobres son correlativos. Hay entre ellos una relación de oposición. Si los

pobres suben, los ricos bajan. El anuncio de Jesús es que los ricos van a tener hambre y los pobres tendrán abundancia.

En la concepción burguesa y liberal hay continuidad. Suponen que los pobres pueden subir sin que los ricos bajen. Suponen que todos serán ricos sin que se produzca ningún conflicto. Esta no es la concepción cristiana. Esta concepción enseña que hay un pecado fundamental en esa división entre ricos y pobres y que los ricos son la causa de la existencia de los pobres. Los ricos son ricos porque se reservan la mayor parte de los recursos disponibles. No quieren ser solidarios, no quieren compartir. Aprovechan ciertas circunstancias que les favorece o su ausencia de escrúpulos morales para acumular los bienes de la tierra, los conocimientos, el poder militar.

Los economistas de la burguesía defienden como si fuera un postulado científico que el desarrollo va a producir la igualdad y va a suprimir la distancia entre ricos y pobres, haciendo que todos sean ricos.

La experiencia muestra que es un engaño. Con el desarrollo, los ricos se hacen más ricos y los pobres se quedan como estaban. El problema de la pobreza es un problema ético, un problema de justicia y no es un problema de desarrollo económico.

Por eso los cambios culturales o religiosos no cambian radicalmente la realidad de la pobreza. Las novedades proporcionan a los ricos nuevos medios de dominación, nuevas maneras de reservarse las ventajas de los nuevos conocimientos, de los nuevos instrumentos de poder. Los medios cambian pero la estructura básica queda igual.

Las religiones evitan habitualmente los problemas de justicia. Tratan a todos los seres humanos como si fueran iguales. Proclaman esa igualdad a pesar de la evidencia de la injusticia. Ofrecen satisfacciones y significados para las personas individualmente. No tienen ningún mensaje especial para los pobres. O bien inventan formas de compensación que se supone ser de consuelo.

En 1850 hablando a nombre de la burguesía francesa el conde Montalembert decía en un discurso famoso pronunciado en la Asamblea Nacional ; "para los pobres, la religión tiene un mensaje y les dice que tengan paciencia en los sufrimientos de este mundo, porque tendrán una compensación en el mundo futuro después de la muerte". Esto ha sido dicho miles de veces para confundir a los pobres. En otras religiones se dice que "en una nueva reencarnación tendrán una condición mejor". Las religiones han servido muchas veces para legitimar la injusticia y por eso hay que desconfiar de las motivaciones religiosas.

En realidad, no son las religiones en sí mismas, sino los cleros que las administran y hacen de ellas un instrumento de su poder. Claro está que el trabajo de los clérigos afecta también el contenido de los mensajes religiosos, pero muchas veces podemos pensar que los sencillos saben hacer la diferencia entre lo que viene de la inspiración religiosa auténtica y lo que se ha añadido por motivos de dominación.

La justicia no es la virtud más común. Nadie se reconoce injusto. Todos suponen que practican la justicia, y sin embargo muchos creen que son víctimas de la injusticia ¿Cómo es posible si nadie es injusto?

La justicia no es materia religiosa. Es ética y profana. Porque no es religiosa, las personas no le dan mucha atención. Para muchos la injusticia no afecta las relaciones con la divinidad. Pero en el evangelio es el único asunto que interesa a Dios. Es que el cristianismo no es religioso, aunque no condene la religión. Condenar la religión sería matar el ser humano, sería como suprimir la música, las artes, el lenguaje. La religión es tan necesaria como todo eso. Se dirá que en Europa ellos dispensan la religión. Pero también, no encuentran la felicidad. Están siempre buscando satisfacciones inmediatas, siempre en movimiento, pero les falta la religión y no lo saben. El europeo no es el modelo, ni el futuro de la humanidad.

El contexto actual tiende a considerar a los pobres como un residuo inevitable de la economía. Así como la industria produce basura, la economía produce pobreza. Esto no impide su progreso. Es solo algo que molesta un poco los sentimientos morales. Por eso los psicólogos tratarán de inventar algo que suprima esa molestia interior de las conciencias para que no perturbe la marcha de la economía. Hay que marginalizar esos pobres, esconderlos, que su presencia no venga a molestar a los turistas o las misiones económicas que visitan el país. Es un problema de psicología: ¿cómo luchar contra ese sentimiento de culpabilidad que a veces los pobres despiertan en algunas almas sensibles?. En medio de tal contexto, ¿cómo vamos a mirar hacia los pobres?

En primer lugar hay que afirmar y mantener con vigor que el pueblo de Dios, la Iglesia de Jesucristo, es hecha por los pobres. Puede haber algunos ricos convertidos, pero la sustancia del pueblo es que se trata de un pueblo pobre, o sea sin poder, sin recursos, sin garantía, sin apoyo en el sistema social y político.

En segundo lugar los pobres son llamados a buscar su liberación con la fuerza de su testimonio y de su amor mutuo que cuestionan el sistema y perturba a los dueños del sistema y abre brechas por el que algo de un nuevo mundo puede entrar. Lo que más necesitan es la conciencia de su dignidad y de su capacidad. A partir de esto pueden entender la fuerza de la comunidad, o sea, de la acción comunitaria para crear una vida mejor.

Lo que les puede ayudar es una mejor educación de los niños, educación completa: escuela básica en la que se aprende porque hay condiciones materiales, profesores preparados y entusiasmados, colegios secundarios en los que se aprende a ser ciudadano, a crear sueños y proyectos para el porvenir, universidades populares en las que los pobres no sean humillados por la vecindad de hijos de los ricos. Con los mejores profesores y condiciones para estudiar.

No se puede prever la evolución del sistema mundial globalizado de la actualidad. Bien se sabe que todo siempre cambia, pero no sabemos de que manera. Los pobres no pueden usar las armas de los poderosos, porque por ese camino siempre serán vencidos. Algo va a suceder y no sabemos de qué manera los pobres podrán aprovechar para subir.

No sabemos lo que va a pasar en América latina. Lo que está claro, es que el sistema pseudo-democrático que existe no permite ningún cambio de sociedad. Es hecho para conservar el sistema que existe. Dada la historia latinoamericana lo más probable es que van a aparecer líderes populares iguales a Hugo Chávez que

podrán movilizar las masas pobres e imponer cambios a los dominadores de siempre. En la historia la justicia viene de un jefe poderoso que aplasta el poder de las oligarquías.

La salida económica no está en el trabajo en las grandes empresas: estas necesitan siempre menos empleados. La salida está en las micros y pequeñas empresas fundadas por una nueva juventud más cualificada.

El problema de las multinacionales es un problema internacional, mundial. Se necesita la creación de una asamblea que no sea de los gobiernos como la ONU, sino de los pueblos, elegida por los pueblos y dotada de una fuerza de policía capacitada para imponer. Para eso se necesita la creación de una administración mundial cualificada. Es la creación de un Estado Mundial que pueda imponer una ley mundial a las fuerzas económicas, que todo lo dominan. Se trata de constituir una sociedad alternativa, paralela, que irá a someter a la otra cuando tenga fuerza y cuando el conjunto de la sociedad actual se haya desmoralizado. Políticamente está claro que mientras existe la única superpotencia, ella es capaz de aplastar cualquier voluntad de transformación. Pero, esta situación no durará para siempre.



Los pobres luchan para sobrevivir y mejorar sus condiciones de vida. Por supuesto, quieren salirse de su pobreza y es lo que les propone la opción por los pobres: es la opción por la liberación de los pobres. En la actualidad la cuestión es: luchar cada cual buscando su salvación, o buscar juntos un cambio colectivo, comunitario. Hoy, el pensamiento único propone esa lucha individual. El cristianismo propone una lucha colectiva y comunitaria: liberarse todos juntos.

A corto o mediano plazo, lo más probable es la integración, siempre mayor, en el imperio norteamericano. La consecuencia religiosa sería el triunfo de las iglesias neo-pentecostales y el pueblo de los pobres condenado a un estado de dominación y exclusión. Es lo más previsible.

Pero, si el imperio da señales de debilidad... entonces muchas cosas pueden cambiar. Puede resucitar el nacionalismo que siempre ha sido el movimiento más temido por los Estados Unidos. El actual gobierno de Venezuela podría aparecer como modelo y provocación. Sería muy probable que el movimiento fuera dirigido por militares, porque solamente los militares pueden suprimir las reglas del sistema de elección de los presidentes y de los congresos. Podrían aparecer imitadores de Hugo Chávez. Los militares fueron desprestigiados por las dictaduras de la generación anterior, pero en la historia todo se olvida. Si algunos militares lideran un movimiento nacionalista, se les perdonará muchas cosas del pasado. Movimientos nacionalistas podrían recibir apoyo de las masas populares, como en Venezuela, porque las masas populares no creen en el sistema dicho democrático que proporciona estructuras favorables a las elites dominantes. Las masas

saben que un general nacionalista les daría muchas más ventajas que un sistema democrático. El populismo militar no cambiaría radicalmente la sociedad, pero daría una situación mejor a los pobres.

En casos de movimientos populares semejantes a lo que sucede en Venezuela, la reacción de la jerarquía y del clero será semejante a la reacción en Venezuela. El clero va a oponerse a los gobiernos nacionalistas y apoyar las oligarquías tradicionales. Sería un reto para las personas que querían estar con los pobres. Sin duda, en los países andinos, los movimientos indígenas estarían al frente de los movimientos populares. Tampoco la Iglesia Católica es muy favorable a los movimientos indígenas. Sería otro reto.

En realidad la Iglesia Católica está muy comprometida con el sistema actual llamado democrático. Este sistema busca el acuerdo y la mayor colaboración. Para el sistema político actual no existe la secularización. Todos quieren el apoyo del clero que les ofrece legitimidad. Por eso el influjo del clero es grande y se hace sentir en las leyes relacionadas con el sexo y la familia. El influjo de la nueva cultura norte-americana solamente puede aumentar esa alianza virtual entre la Iglesia y el Estado llamado democrático. Por eso, será difícil que la Iglesia ofrezca legitimidad o apoyo a movimientos populares que destruirían ese Estado. La situación sería muy diferente de la situación que hubo en los años 70 y 80. Hoy día el clero está asociado estrechamente con las clases dominantes y ha perdido contacto con las masas populares. Sería una situación muy difícil. Necesitaremos mucha lucidez y mucha capacidad de resistencia en ese día .

Esperamos que te haya resultado interesante este documento, al igual que nos lo ha parecido a nosotros, y por eso creemos que no podemos guardarlo en el archivo.

Por eso editamos los **Documentos del Ocote Encendido**. En ellos podréis encontrar los análisis más interesantes de América Latina. Cada documento presenta el formato de cuadernillo de unas 30-40 páginas y tenemos prevista una periodicidad de 6 números al año.

Si te interesa recibir este Documento y nuestro Boletín, rellena y envíanos este boletín de suscripción al **Comité Cristiano de Solidaridad Oscar Romero de Aragón** (c/ José Paricio Frontiáan s/n - 50.004 - Zaragoza)

DATOS DEL COLABORADOR:

Nombre y apellidos: _____
Dirección: c/ _____ nº _____
C.P. _____ Población _____ Tlf. _____

Deseo recibir:

- Deseo recibir El Ocote Encendido y los Documentos del Ocote Encendido (15,03 euros/año)**
 Deseo colaborar como socio del Comité con una cuota anual de _____ euros.

ORDEN DE PAGO A LA ENTIDAD BANCARIA:

Banco o caja _____ Dirección _____

Datos bancarios: _____ - _____ - _____ - _____

Ruego cargen a mi cuenta los recibos que por un importe de _____ euros al año/semestre, presentará el **Comité Cristiano de Solidaridad Oscar Romero de Aragón**.

Nombre y apellidos: _____
Dirección: c/ _____ nº _____
C.P. _____ Población _____ Tlf. _____

Firma: _____

También puedes encontrar el Documento del Ocote en: